

Heráclito Lobato

Una generación en demanda de destino



A técnica novel del cuento brasileño, que se ha dado en llamar de literatura moderna del Brasil, es apenas un nuevo modo de escribir historias antiguas, modo, por lo demás, no siempre bueno. Hasta cabe, a veces, preguntarse si no habrá sido un gesto de audacia o simplemente una actitud de «cabotinismo» lo que ha impulsado a esos jóvenes a crear una nueva escuela.

¿Y será siquiera una escuela?

Tales son las dudas que hoy en día se despiertan, lanzadas, como una ingente interrogación, ante nuestro discernimiento, tan obscurecido por el inmenso confu-sionismo surgido en torno de esa simplicidad complicada; se trata de saber quién escribe bien y quien tiene valor. Tal vez sea yo muy provinciano de entendimiento para juzgar a los «gentlemen» de esa corte de ideas que forma el círculo restringido de los victoriosos de nuestra literatura. Pero cuando vi calificar de literatura moderna una novela mal pergeñada que se llamó

«Lenita», editada en Sao Pablo y de cuya paternidad son responsables tres nombres hoy casi consagrados, palabra que dudé, torvamente dudé de las pregonadas excelencias de ese símbolo confusionista que es la tal literatura moderna.

• • •

Ahora bien, tuvimos después una trilogía de José Lins do Rego, «Rapaz del Ingenio», «Picaruelo» y «Bangué». Cosa interesante. Cosa de valor. Un motivo regional, tratado con talento y con audacia. En el fondo una historia que podría haber acaecido en un ingenio de azúcar o en una fazenda de café cualquiera, en Parahyba o Paraná. Porque, arrapiezos criados licenciosamente, en medios de sayas fáciles de levantar y husmeando desde temprano el misterio de los sexos, existen en todos los ambientes. Lo que distingue al libro de José Lins do Rego es el uso que hace, en el relato de una situación o un diálogo, de las imágenes y palabras más crudas. Cuando el marido le da en las nalgas a María Alicia, el autor dice escuetamente que le pega a María Alicia en las nalgas, sin apelar a los subterfugios ni a las reticencias moralistas, que son siempre más inmorales que la verdad.

Pero, de hecho, hay mucha crudeza, mucha libertad de lenguaje, innecesaria tal vez, chocante en todo caso a los ojos de cualquiera, aun de los que no alardean de mucha virginidad...

¿Acaso sólo sucede eso con José Lins do Rego? No. Ocorre asimismo con otros de la nueva escuela. Y esa escuela nueva quiere hallar su justificación, precisamente en lo característico de este punto: la audacia del lenguaje. En «Serafín Puente Grande», por ejemplo, hay desde la primera página cosas que pueden espeluznar a cualquier moralista, por mucho que rehuya las miradas públicas que tanto lo aterran. «Mangle» es un libro del mismo género. Crudo. Más que verdadero. Obsceno como la realidad. (¿Quién puede pretender que la realidad no es obscena?). Sea como quiera, esos autores tienen editores y tienen público. Lo que da margen a dudas es si tales libros son o no útiles. Cierta parte del público los aprecia y los lee. Cierta parte, los detesta y los condena. Hay críticos que los aplauden y consagran mientras otros los aporrean y los destruyen. Y como en ambas secciones de la opinión y de la crítica hay gente capaz y de buen gusto, y ninguno cede un ápice en sus convicciones, no hay más recurso que adoptar dos certidumbres, o dudar, o formar un juicio propio, lo que es incómodo... Por mí, yo me limito a gustar o no según mi propio arbitrio. Pienso que si todos obran así, todos tienen juicio. Y yo también.

• •

Dudas aparte, tenemos que reconocer que la moderna generación procura sobresalir y ha realizado valientes

esfuerzos. Pero la prisa los arrolla, el método es condenado como una antigualla y se siente un vivo horror por el pasado. Hay críticos que, para decir urbanamente todos los desafueros posibles de un autor, imputan a sus libros un dejo de arcaísmo. Pero este horror, ¿es justificado? Al fin y al cabo el pasado algo ha dejado, algo sólido, perdurable. ¿Conseguiremos nosotros otro tanto? ¿Podremos contar al menos con nosotros mismos? Sin duda que no debemos tomar por guía a la experiencia si queremos avanzar hacia el futuro, pero ¿cuál es ese futuro? Esa es la incógnita. Peor que aquella generación que se gestó en la guerra y cuya trágica indecisión nos describe Remarque en trazos tan angustiosas, nosotros estamos ante nosotros mismos sin saber adónde vamos.

Es la nuestra una fase de transición que nos ofrece diversos caminos. ¿Y cuál entre ellos es el verdadero, el que debemos y nos conviene probar?

No es posible quedarnos inactivos a la vera de la encrucijada. Por ello tanteamos y emprendemos distintas rutas. A veces nos vemos precisados a volver después de recorrido medio camino. Y así marchamos indecisos, dubitativos, desconfiando de que la certeza nos asista.

Todo lo nuestro es un tanteo, un ensayo todo lo que se hace, porque no creemos nosotros mismos que haya en ello alguna cosa de definitivo, de cierto, de seguro. Estamos en un camino lleno de sombras y esas sombras

son nuestras inquietudes, nuestras dudas, nuestras incertidumbres.

Estamos, a no dudarlo, en el pórtico de un mundo nuevo, de una verdad nueva, pero hay tantos caminos que prometen llevarnos allá, que no sabemos por cuál decidirnos. Y vagamos errabundos dentro de la angustia de esa duda, como ciegos que hayan perdido sus lazarillos.

No es que haya inercia o miedo. Antes bien, se gasta mucho esfuerzo y mucho coraje en la búsqueda de la verdadera senda. Nos debatimos en un círculo de ritmos veloces. Corremos y llegamos muy pronto a un punto de donde no se puede pasar, porque ignoramos lo que se halla más allá. Nos plasmamos de golpe. Avanzamos, desde luego, más de prisa que el tiempo, porque hemos cerrado ya un ciclo y tenemos que esperar que otro se inicie. Y como no somos nosotros los que determinamos la verdad inmutable del destino, quedamos sin posibilidad de continuar. Tentamos y experimentamos, pero carecemos del consuelo que da la certeza de no estar errados. Debe ser por eso que nos agitamos en todas direcciones sin encontrar satisfacción por lado alguno, pues nuestras aspiraciones mismas son todavía imprecisas.

Pienso que es eso.

Somos una generación en demanda de destino.

(Tradujo Antonio Segorbe).